

Martinico Ventosa  
DIRECTOR.

### Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.  
Madrid y provincias, 46 rs. id.  
Números sueltos un real vellon.

### REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa  
DIRECTOR.

### Puntos de suscripcion.

#### EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet, don Dionisio Brase y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

#### MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

# EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.



## La familia de Tuval.

La familia de Tuval es una familia muy original. Compónenla mi señora doña Esperanza, anciana tan respetable como llena de preocupaciones, egoismo y chocheos, tirando siempre para atrás como los cangrejos. Esta señora tiene un hijo, sacristan de monjas, mal encarado, larguirucho y zaino, atacado de licantropía y misantropía, y con arranques de degollar á todos los que no sientan ó piensen como él, aunque de su misma sangre sean.

Hay ademas en la familia dos primos hermanos de doña Esperanza, empleado el uno y propietario el otro; son naturalmente conservadores de su propiedad y de su destino, y ambos tienen talento; no diré si para lo malo ó para lo bueno; pero sí diré que adulan, miman y agasajan á doña Esperanza y al sacristan, y que son de estos preferidos sobre los demas individuos componentes la familia.

Vienen otros dos primos en segundo grado; el uno sargento retirado de artillería y factor de provisiones el otro: ambos hombres de corazon, viviendo en una union fraternal y entusiastas, como no podia ser menos, por la milicia. A estos mira doña Esperanza de reojo; por mas que ellos, deponiendo sus fieros, la tributen sonrisas amables y aun transijan con sus chocheos y exigencias.

Siguen otros dos primos en tercer grado; tendero el mayor, y comerciante el menor; bonachones ambos, capaces de creer que los asnos vuelan, por mas que hayan sufrido mas de cuatro desengaños, y amigos de que todo el mundo progrese en sus negocios, aunque vean los suyos en bastante mal estado. Honradotes, eso sí; tratando de convencer en las cuestiones domésticas á doña Esperanza y demas parientes ante-

dichos, y dejándose escapar el triunfo en las discusiones, cuando, por casualidad ó con ayuda del propietario ó del sargento, lo consiguen.

Cierran la parentela otros dos parientes; pero tan lejanos que no les atraparía un galgo; hombres de pelo en pecho, impacientes y turbulentos; así pueden pertenecer á la mas elevada, como á la ínfima clase de la sociedad. No se sabe si son títulos, propietarios, menestrales ó simples jornaleros. Bullendo siempre, metiendo ruido, intransigentes en extremo y tan amantes de su parentela, que de buena gana ahorcarían á los unos con las tripas de los otros. Sin embargo se ven y se tratan, porque al fin y al cabo son de la familia.

Un dia hicieron mas; se juntaron para ciertas cuestiones de intereses; que, particularmente en España, es probado que ninguna cosa puede hacerse, por mala que ella sea, sin su correspondiente junta. Verdad es que las tales juntas suelen desjuntarse, y concluir como el rosario de la Aurora; pero ello es que los individuos se juntan; y juntándose, aunque por poco tiempo sea, no están siempre separados.

Tratábase de la administracion de unos bienes indivisos é indivisibles pertenecientes á la familia, de los que cada uno de los citados parientes queria, en sus adentros, ser el administrador. Administráronlos por largos años, primeramente doña Esperanza y el sacristan. Tan mal lo hicieron que, ademas de tener á los colonos como raton en boca de gato, todo lo querian para sí, dejando las sobras para los parientes. El sacristan repetía con desenfado el refran de *El abad de lo que canta yanta*. A lo que doña Esperanza, con gentil donaire, añadía: *El abad de Bamba lo que no puede comer dádlo por su alma*.

Ya calcularán mis lectores cómo iría la administracion en manos de estas almas cándidas.



Pasó despues la dichosa administracion al tendero y al comerciante: y aunque gritaron largo y tendido, y hablaron y cantaron de reformas, de economías, de equidad etc., concluyeron por hacerlo mal, muy mal; tanto que el gobierno de los bienes se les fué de las manos: y si no dijeron *lo del abad*, dejaron que otro yantára: que no sé lo que es peor, arrinconando á un lado la conciencia.

Reemplazaron á los anteriores el empleado y el propietario, y lo hicieron muy bien para ellos; muy mal para los demas; y tales lances pasaron, que cierto dia se amostazaron el sargento y el factor y dijeron— «aquí estamos nosotros: venga la cosa, ó aquí va á haber la de Dios es Cristo.»—Resistiéronse los primos, y exclamaron como aquel ministro de una zarzuela:

«Antes que soltar, me dejo  
los dientes en la tajada.»

Pero hubieron de *soltar* á los sólidos argumentos de la fuerza militar, y esta se cargó al cabo con el santo y la limosna.

Los parientes mas lejanos, los de pelo en pecho, gritaron, bufaron, patearon; enseñaron los dientes y los puños; pero como dice el refran, *Perro ladrador no es muy mordedor...* y aquel otro de *Oveja que bala pierde bocado....* mientras estos gritaban, aquellos hacian; y en este estado estaban las cosas cuando determinaron reunirse, para ver el modo de dar un sesgo pacífico á estos negocios de familia, en casa de doña Esperanza. Esta señora propuso, una vez reunidos, dar principio á la sesion con una merienda; pues, como vieja astuta y marraja, sabia que en estómago vacio hay siempre mal humor; y no ignoraba que en la humanidad, dénse las apariencias que se quieran, casi todas las cuestiones son cuestiones de estómago.

—¿Y qué merendaremos?—Esta fué la pregunta general.

Doña Esperanza.—«Opino por un bacalao, pues hoy es dia de ayuno; y unos bollitos que me han regalado las madres de Santa Clara. Podremos hacerlo en salsa.»—El sacristan torció el gesto.

El empleado.—«Calle el bacalao donde está el salmon cocido.»—El propietario meneó la cabeza.

El Sárgento.—«Yo estoy por un pastel de perdigones.»—El factor calló.

El comerciante.—«No estoy por el ayuno, ni por el salmon, ni por el pastel. Prefiero un estofado de liebre.»—El tendero hizo una mueca de disgusto.

Uno de los parientes lejanos.—«Yo ni por la liebre, ni por el pastel, ni por el salmon, ni por el ayuno. Quiero un alimento nutritivo, fuerte: opino por una *paella* donde todo quepa y que lleve guindilla; que pique, que escueza.»—El otro pariente se sonrió desdenosamente.

El sacristan.—«Paso por el bacalao; pero frito, con pimientos y tomates.»—Doña Esperanza lanzó una mirada furibunda á su hijo.

El propietario.—«No me parece mal el salmon; pero lo preferiria á la mayonesa.»—El empleado manifestó

marcadamente su disgusto, y en parte tenia razon.

El factor.—«Bien por el pastel; pero que sea de lomo, que no tiene hueso.»—El sargento se retorció el vigote con aire de mal humor.

El tendero.—«¿Por qué no ha de ser la liebre guisada con arroz?»—El comerciante se mordió los labios.

El otro pariente de pelo en pecho.—«La *paella* pase; pero sin guindilla; tengo el estómago muy irritable.

El pariente lejano se pellizcó de despecho.

Desde aquel momento se alteró el órden. Los gritos de «bacalao; salmon; pastel; liebre y paella,» se confundieron con los de «salsa; pimientos y tomates; cocido; mayonesa; de perdigones; de lomo; estofado; con arroz; guindilla y estómago irritable.» El alboroto iba en *crescendo*, y mas de un puño se vió levantado, y mas de una silla abandonó su sitio, y aquella casa era una torre de Babel, un *aquelellar*, un *pandemonium*: todos gritaban; nadie se entendia; y la dichosa merienda proyectada concluyó como merienda de negros.

—«Es decir, gritó con voz de chicharra doña Esperanza, que si antes opinamos por cinco manjares, ahora estamos por diez guisos ó condimentos? ¿Está de Dios que ni aun entre nosotros hemos de entendernos?

—«Yo no quiero nada con comerciantes, militares, empleados ni sacristanes.»—Dijo el de pelo en pecho tomando su sombrero y saliendo de estampía. El otro le siguió; pero á cierta distancia.

—«Ni yo con factores, propietarios ni mogigatas.»—Gritó el tendero, y se marchó seguido del comerciante.

—«Yo saludo al propietario, al empleado, al sacristan, y beso los pies á doña Esperanza.»—Dijo cortemente el sargento y salió escoltado por el factor.

—«Con Dios quede nuestra prima.»—Murmuró el empleado, y salió precediendo al propietario.

Una vez solos doña Esperanza y el sacristan, exclamó la primera:

—«La familia de Tuval será siempre la misma. Torpe has andado, hijo mio; pero tus pocos años te disculpan.

En adelante marchemos nosotros dos unidos, y aprovechémonos de la desunion de los demás. Sembraremos, como hoy la cizaña y el triunfo será nuestro. El fin santifica los medios. Mucho pueden la fé y la perseverancia, y mas contando con la proteccion del Señor. ¡Hay de ellos el dia en que.....»

Esta es, queridos lectores de *El Duende*, la familia de Tuval. ¿No encontrareis alguna que se le parezca?

## Proyectos.

Cataplun, plon, cataplan.

—Santo Dios ¡cuánto ruido!

—Grande nuestro triunfo ha sido.

Zaragoza á tirar van.



Nos van á abrir un boquete  
en mitad del corazon.

Cataplon.

Con acerado florete  
la ciudad traspasarán.

Cataplan.

Un camino aereostático  
van á hacernos de rondon.

Cataplon.

Y habrá algun torpe fanático  
que no apruebe aqueste plan?

Cataplan.

Ligarnos hoy es preciso  
para su realizacion.

Cataplon.

Y encima de un cuarto piso  
las máquinas silvarán.

Cataplan.

Y dirán que no entendemos  
capear la situacion.

Cataplon.

Que nos cerquen no queremos,  
y hora á atravesarnos van.

Cataplan.

Así todo será justo;  
y habrá paz habiendo union.

Cataplon.

Hagamos nuestro su gusto.  
Esposiciones ahí van.

Cataplan.

Todos hoy un sacrificio  
hagamos sin restriccion.

Cataplon.

Que es muy grande el beneficio  
que todos ropertarán.

Cataplan.

Si veis alzar en el Campo  
del Sepulcro la estacion—

cataplon,—

sin decir aquí me zampo,  
es porque entra en nuestro plan.

Cataplan.

La moral de lo que cuento  
es de fácil comprension.

Cataplon.

Tendreis un plan ¡oh portento!  
un plan mas en el desvan.

Cataplan.

Y como cosa segura  
en el Sepulcro estacion.

Cataplon.

¿Y despues? férrea cintura.

¿Y el gran proyecto? *Non dan!*

Cataplon y cataplan.

## Se puede decir.

Don Cosme y don Damian vuelven á encontrarse en  
la ribera del Ebro: se saludan cortesmente, y dice don  
Damian:

—Señor don Cosme, vengo encantado. No hablo del  
secreto del otro dia: hablo de... Cuidado si se ade-  
lanta... Ya se tapó aquello...

—Sino habla V. mas claro, señor don Damian...

—¿Qué ancho, qué largo, qué magnífico! ¿Y lo de  
enmedio...?

—Pues señor, no entiendo una palabra.

—Cuando esté concluida y con... el chorro corres-  
pondiente... ¿Eh?

—¿Ha almorzado V. fuerte señor don Damian?

—Y al rededor mucho matorral... mucho...

—¿Pero por qué baja V. la voz, y hace esos gestos y...

—Vamos, es cosa magnifica.

—¿Se ha vuelto V. loco? ¿De qué me habla V.?

—¿Hay alguno que nos escuche? Miremos bien...

—Estamos enteramente solos; pero acabe V. con mil  
santos.

—Oiga V. al oido. Hablo de la plaza del Pilar...

—¿Y para eso tanto misterio? Puede V. gritar: eso  
no es secreto.

—¿Con que no es secreto? ¡Aaaaaah!

## Fotografías á vista de pájaro.

La fotografía está á la órden del dia.

*Hoy* es, casi, casi un artículo indispensable.

*Mañana*..... Dios dirá..... La escesiva aficion ó  
abuso descomedido de ciertos objetos, está en razon  
inversa del tiempo de su duracion.

Tiene tambien encarnizados enemigos. Su ilimitada  
exigencia desea una perfeccion mas completa.

No me cuento en el número de ellos.

Tributo á la nieta de Mr. Daguerre el homenaje de-  
bido á su esclarecida estirpe. Y ¡pasmáos! tal vez sea  
uno de los pocos que no han ensayado sus efectos.

Seguramente no es mia la culpa.

Las culpables son *ellas*. No ha habido *una* siquiera  
que lo haya deseado.

En cambio, los demás son incesantemente acosados  
para llenar, *targeteados*, ya uno, ya otro album.

Esto me hace formar un juicio muy triste de mi hu-  
milde persona.

Muchísimas, ininidad de veces me ha ocurrido vi-  
vir á costa de las reproducciones *papireolografadas* de

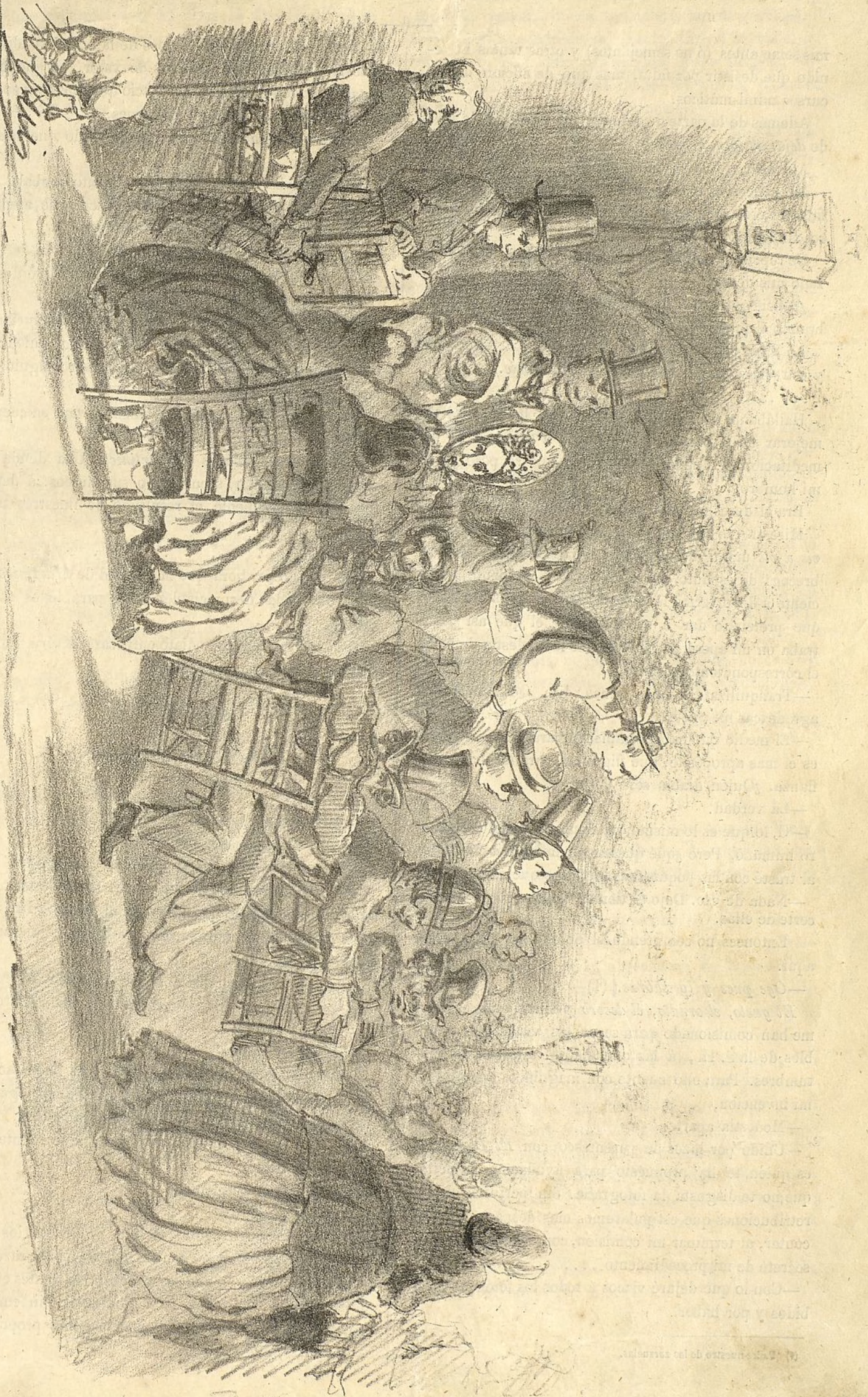




¡No aceptastes ayer amplia cintura,  
y solemnizas hoy tu aserradura!

Ayuntamiento de Madrid





Las sillas del paseo.



mis semejantes (ó no semejantes) y otras tantas he tenido que desistir por falta, mas que de afición, de recursos numismáticos.

Además de la parte de interés, me alhagaba la idea de *dejarle llamar artista*.

Ahi está el busilis de mi afición.

Me adhería á la fotografía como un náufrago que, falto de otro recurso mejor, pudiera hacerlo á un hierro candente.

De repente, cuando menos imaginaba se han realizado mis deseos.

¿Sabeis quién me ha proporcionado ese placer, labrando al propio tiempo mi fortuna?

Lo diré; pero en calidad de secreto. Las simpatías y estrecha amistad que me unen al *Duende*.

Hallábame noches ha meditando en los medios de mejorar mi situación, cuando vino á sacarme de mi meditación el dueño de una mano que se posó sobre mi hombro.

Era el derecho, para hablar con exactitud.

Miré al que así me había interpelado, encontrando *vis á vis* una figura seca y de haraposos trage. Me sobrecogí de espanto, no siendo por el momento, suficiente á devolverme la tranquilidad el amistoso gesto que pretendió dar á su semblante el que así penetraba en mi aposento, sin tomarse la molestia de pedir el correspondiente permiso.

—Tranquilízate y nada temas, dijo. Quizá en breve agradezcas mi visita.

—El medio que habeis empleado para introducirnos no es el mas apropiado, que digamos, para infundir confianza. ¿Quién diablo sois?

—La verdad.

—O, lo que es lo mismo, el enemigo capital del género humano. Pero ¿qué quereis de mí? ¿Pretendeis dar al traste con las poquísimas ilusiones que me restan?

—Nada de eso. Dejo al tiempo el encargo de deshacerme de ellas.

Entonces no comprendo el objeto que os ha traído aquí.

—Oye pues y lo sabrás. (1)

*El gusto, el ornato, el decoro* y otros amigos míos me han comisionado para sacar las vistas mas notables de la S. H., á las que añadiré algunas de costumbres. Para ello cuento con magníficos aparatos de mi invención.

—Modestia aparte.

—Unido por lazos de parentesco con *El Duende*, él es quien te ha propuesto para ayudarme, sabiendo que no te disgusta la fotografía. Sin perjuicio de las retribuciones que estipularemos mas despacio, puedes contar, al terminar mi comisión, con las máquinas y el secreto de mi procedimiento....

—Con lo que dejaré vizcos á todos los fotógrafos habidos y por haber.

—Si aceptas, mañana á las doce de la noche vendré á buscarte. Aguárdame provisto de valor, porque nos instalaremos en el punto del espacio que mas convenga al mejor éxito de mis reproducciones.

Dicho esto, desapareció del mismo modo que habia entrado.

Se presentaba á mi imaginación cuanto acababa de suceder, con un colorido tan fantástico, que apenas podia dar crédito á mis propios sentidos.

Aquellas fotografías *nocturnas*, tomadas desde los cuernos de la luna, en el alero de algun tejado ó desde Dios sabe donde, me espantaban.

No bien hubo asomado el rubio Apolo la reluciente punta de su nariz, corrí á ver á *Martinico*, quien me dió tantas seguridades de buen éxito, que consiguió disipar todas mis dudas.

Desde entonces pertenezco á doña *Verdad* en cuerpo y alma.

Y mis observaciones á *Martinico*. Una deuda de gratitud me obliga, secundando sus deseos, á detallarle minuciosamente el resultado de nuestros trabajos.

¿No os parece ahora que la amistad de *Martinico* es una cosa nada despreciable? Pues para todos es lo mismo.

Desde el número inmediato empezará la serie de las vistas. Hasta entonces esperad.

## Diálogo canino.

—Buenos dias, Leon.

—¡Ay, buenos dias, Ali.

—Parece que estás triste. ¿No has almorzado?

—Sí, sí; facilito es atrapar un corrusco de pan con esta maldita regilla que llevo en el hocico. Las habian de llevar los municipales para que supieran lo que es bueno.

—Amigo Ali, peor seria comer morcilla, ó recibir un saca y mete en el ex-convento de San Lázaro.

—¡Pobres frailes!

—¡Y pobres perros!

—Es verdad; ya han entregado *la geta* tu primo Loran, y mi cuñada Águila, y los que la entregarán, hermano León; porque al paso que va la cosa, presumo que no va á quedar un perro que lo cuente.

—¡Qué palizas!

—¡Qué envenenamientos!

—¡Y qué degollina!

—Pero, dime Ali, ¿qué se han propuesto los que así se han pronunciado contra nuestra pobre raza?

—Amigo, Leon, lo que se proponen las gentes cuando se pronuncian, no es fácil adivinarlo; sin embargo, yo presumo que lo que ahora se han propuesto, es que llevemos bozal.

(1) Padre nuestro de las zarzuelas.



—Para que no mordamos?

—¡Que disparate! Los hombres se despedazan unos á otros lo bastante, para que, por temor de un mordisco mas ó menos, nos hayan condenado á llevar el hocico con casco y visera.

—Será por temor á la rabia.

—¡Otra sandez!

—¿Cómo?

—Dime, inocente Leon: ¿quién no rabia ya en este mundo? Los españoles en España; los franceses en Méjico; los piamonteses en Italia; los rusos en Rusia; los turcos en Turquía, y hasta los felicísimos y bienaventuradísimos ciudadanísimos de los Estados Unidísimos, ¿no rabian todos hasta mas no poder y se rompen la cabeza cordialmente, por el nuevo método Igualdad, Fraternidad, y contigo pan y cebolla?—

—Pues entonces será por nuestra mala estrella.

—Mucha influencia tienen, en efecto, las estrellas en este siglo de las auto-nomías, de las caco-fonías, de las panza-manías, de los Yagües y Castillos; pero, amigo Leon, no es esa, no es esa la madre del borrego.

—No te comprendo. Si fuéramos *femateros*, ó carreteros, ó revendedoras del mercado, ó mujeres de vida *non sancta*, no estrañaria que nos pusieran bozal, y hasta mordaza; porque bien merecido lo tendríamos; pero siendo unos perros, como somos, de orden y de moralidad reconocida...

—Oye, Leon, ¿quieres saber por qué nos han puesto bozales?

—No estoy deseando otra cosa.

—Pues escucha... y tiembla.

—Dí.

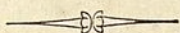
—Nos han puesto bozales...

—¡Acaba!

—Para que no bebamos agua!

—Jesuuuuuuuuuus!!!!

—Silencio: que pasan los maceros!



### Nueva sílfide.

La esposa de uno de los mas sábios y al mismo tiempo de los mas tacaños químicos de:.... (suprimo la procedencia) importunaba á su esposo noche y dia para que le comprase una de esas máquinas de tela y hierro, que resucitaron en 1857 la moda de los *guarda-infantes* de nuestras tartarabuelas. La coqueta estaba convidada á un gran baile, y no tenia para ahuecarse ¡infeliz! mas que siete enaguas almidonadas y dos miriñaques. Razon le sobraba para desconsolarse.

El pobre químico, apurado, le juró inventar alguna cosa que valiese mas que todos esos engorrosos miriñaques. En efecto; la noche del baile, á la hora de vestirse la señora, le presentó lleno de satisfaccion una máquina de vasta rotundidad, que hizo batir las pal-

mas y latir de gozo el corazon de la señora. Jamás se habia visto tan hueca, tan ancha, tan magestuosa.

Se vistió ayudada de su marido. Corrió al baile; y su entrada en la sala produjo un efecto mágico. El marido, restregándose las manos satisfecho, pensaba en pedir un privilegio de invencion.

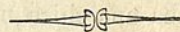
Organízanse las danzas, y las niñas se fatigan con el zarandeo de *Los lanceros* y del sempiterno *Cotillon*. Únicamente la esposa del químico se muestra incansable.

Las dos de la noche acababan de sonar, y se entregaba con frenesí á las vueltas de un vals, cuando de repente se la vé escapar de los brazos de su caballero y lanzarse hácia el techo de la sala, que no media menos de veinte pies de elevacion. Allí se balanceaba graciosamente sobre todas las cabezas y amenazaba ir á alojarse en la magnífica araña radiante de mil luces.

Todos los espectadores, mirando hácia arriba, lanzaron un grito de terror; pero el químico se apoderó del espadín de un coronel y lo sepultó en la parte posterior de su cara mitad. Sonó un ruido extraordinario, y la señora cayó dulcemente en los amantes brazos de su esposo.

ESPLICACION. El químico cicatero habia echado mano de un globo inservible y arrinconado en su laboratorio para hacer á su esposa... ¿cómo le llamaremos? un *polisson*, un ahuecador de gas. Esto era, á la vez, abultante y ligero; pero peligroso.

Señores maridos; no queramos, por Dios, hacer á las mujeres mas ligeras y mas volátiles: que, por desgracia, hartó lo son.



### SECCION GRAVE.

*Por la decencia...* ya que por otra cosa no fuese, debian no enseñar tanto las piernas los que inundan de agua los paseos, con las consabidas vacías. Si hubiera unas bombitas.....

*Debia prohibirse*, pero de verdad, que se bañasen los hombres entre las mujeres, que lavan y friegan; como sucede en el abrevadero de la puerta del Sol; con lo que, tal vez, se evitaria... que se sequen los pocos árboles plantados entre aquella puerta y la del Angel... *de palo*. ¿*Quousque tandem*...

*Para bien de todos*, que no somos egoistas, debian regar, pero con moderacion, sus fronteras por la mañana y por la tarde, los dueños de las puertas abiertas; salvo los dias en que llueva á cántaros; porque entonces nos parece que no es necesario.

*Debia ponerse* un colador de alambre, pero espesito, en cada uno de los sifones—fuentes, aquellos de don Damian, para evitar que nadie pase sin licencia del portero.

*Debia cederse* cortesmente la acera, al que lleve la derecha, si no va por el arroyo.



*Debia darse* una ley autorizando á los taberneros para poder echar diez cántaros de agua en cada uno de vino; habria mas hidrópicos; pero menos borrachos. *Debia*, por último, no deber nadie.

¡Pobres perros! *El Duende*, que ve muchas cosas, la mayor parte de las cuales no puede decir, *ha visto* enmedio del Coso á unos pilletes quitar los bozos que llevaban dos perros, atar despues á los pobres animales con una cuerda y presentarlos á unos agentes para que los sacrifiquen. Ya se vé, como los perros no hablan; como sus amos no presencian semejante picardia y los dejan vagar por las calles, en la seguridad de que cumplen con lo mandado, los chiquillos pueden impunemente robar los bozos y hacer matar á los pobres perros, privando á sus amos de un animal fiel y acaso utilísimo.

Da *El Duende* este aviso á quien corresponda para que ponga remedio, evitando al mismo tiempo algunos disgustos.

Y ya que del Coso se trata, tambien ha visto *El Duende* arrojar desde un andamio, colocado en un piso tercero, algunos cañizos á la calle, sin cuidarse de á dónde van á parar. ¿No habrá para los que tal hacen un poquito del rigor que se emplea contra la raza canina? *El Duende* teme mas á ciertos hombres que á todos los perros.

Papita, preguntaba una chica muy despierta al autor de sus dias; si yo comiese salvado como las gallinas, pondria huevos?

### Cuentos de El Duende.

La señora C. de P. se vió en la necesidad de tomar veinte mil reales por tres meses, dando en garantía un pagaré. No pudiendo cubrirlo el dia de su vencimiento, resolvió escribir á su antiguo amigo D. F. de M. la siguiente esquela.

«Mi querido F.: Mañana vence un pagaré firmado por mí de 20,000 rs. vn. No hallándome con fondos en este momento, es para mí, como V. comprenderá, un grave compromiso; y agradecería en el alma que V. me adelantase dicha cantidad.

Su siempre buena amiga—C. de P..

P. D. Estoy avergonzada de mi indiscrecion; y seguramente rompería esta esquela, si mi doncella no se la hubiera ya llevado para entregarla á V.

—¿Sabes Fernando? El Vizconde me ha ofrecido un chal de cachemira si iba al baile con él.

—Y te has negado? Eso es lo que se llama pensar con juicio.

—No; es porque espero que tú me regalarás dos.

Un padre á su hijo.—El casamiento, hijo mio, debe considerarse como el mayor negocio de bolsa que se hace en la vida: debes ganar en él un ciento por ciento. La belleza no es nada; la instruccion poca cosa; la economia puede aprovechar; el talento está demás; el dinero es el todo.

—Querido Juan; estás triste... ¿Necesitas dinero?

—Gracias, Pedro; tengo dinero de sobra.

—Entonces, Juan, déjame una onza que me hace falta.

—¡El hombre! Le aborrezco. ¡La mujer! La desprecio. ¡El mundo! Lo ecsecro.

—Pero, jóven, reflexionad que el hombre es vuestro padre: la mujer vuestra madre: el mundo vuestros parientes, vuestros amigos...

Un criado, *anunciando*—Don Agapito Vientreseco. *El marido*.—Le has convidado al baile? No le conozco.

*La mujer*.—Ni yo tampoco.

*El marido*.—No importa; que pase; pero sino baila le echo á la calle á puntapiés.

—Ah, hermosa Adelaida..... Si me atreviese á deciros,.....

—Atreveos á todo, Ernesto; pero no me piseis el vestido.

—¿Quién te ha regalado ese sobervio traje, Emilio ó César?

—César y Emilio, querida mia.

*Un titulo*. . .—Oh, mi señor don Próspero... Ven-ga esa mano.

*Un banquero*.—Con mucho gusto; las dos si quireis: las tengo vacías.